En la muerte de Miguel Hernández

I

De carámbano cercano
se vistió tu geometría
y un aire Sur de verano
tu nieve en flor convertía,
paloma que consumía
tu verso en campo dormido,
luna cortada en latido
por tu voz descongelada
y en el aire de una espada
te quedaste sin vestido.

II

Te quedaste sin vestido,
desnudo de melodía,
cristal de melancolía
con ausencias de sonido,
buscaste un ángel perdido
por tu plegaria primera
y en las lumbres de las eras
libertador de futuros
quisiste romper los muros
salvando la Primavera.

Este poema fue censurado y no se publicó en el libro
Los Caballos del Alba, *Colección «Ensayos», Madrid 1954.*

MANUEL PACHECO

Poema para nombrar a Miguel Hernández

Te me caes en la sombra de la lluvia,
sombra y luz tu extensión de gaviota,
entera me rebosa como nácar
acariciando el viso del silencio.

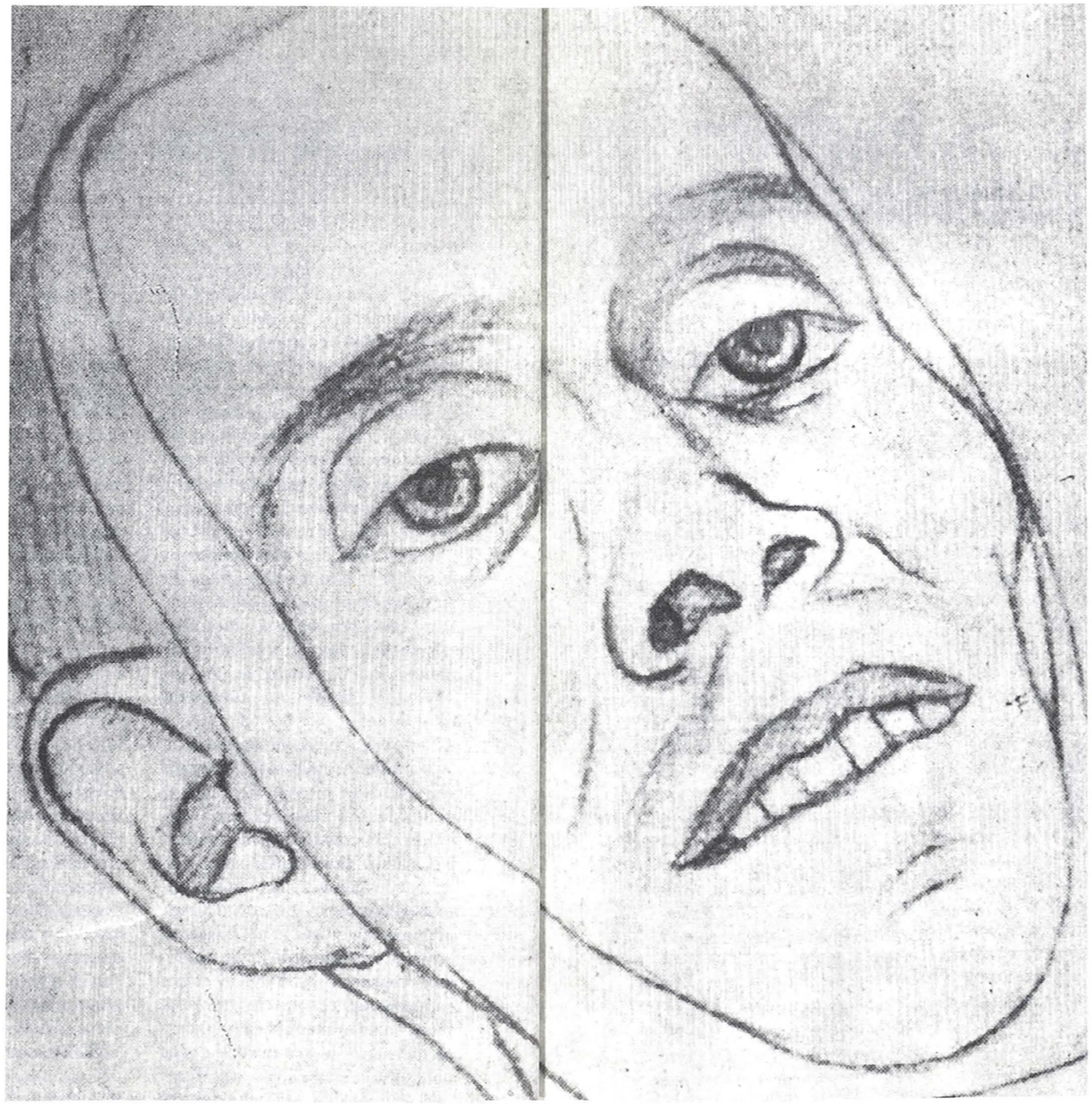
Como lugar común de caracola
afligida a la risa de la nieve,
el otoño tembloso de caricias
babea el limo yerto de tu nada.

Cuándo seré canción de olivo virgen
que en cada grieta de pasión y olvido
cerque el vértigo mismo de la hoja
hacia tu lado gris de polvo y viento.

Mientras amor me nazca enamorado,
esbelto en la raíz de tu distancia,
tendrá la libertad delicadeza
sobre este pecho nunca fugitivo.

Te me caes, te me caes contra la vida,
soledad del pinar de mi tardanza,
no me sigas, yo iré como lo oculto
que besa sobre el mar tu voz sin nido.

JOSÉ ANTONIO ZAMBRANO



Miguel Hernández de cuerpo presente, retratado por un compañero de prisión.

Hombre y viento de pueblo

(La imagen más conocida de Miguel Hernández está fechada, con paisaje de Castuera, en el frente de Extremadura, mayo de 1937)

A Cintia y Manolo Pecellín

Bronca la voz, la firme mano al aire
y un corazón de verso en la besana...
Toda la luz se ha abierto en la mañana
con un quiebro de copla y de donaire.

¿Quién le puso a la encina ese celaje,
quién descubrió la sed de tu bravura,
quién te llenó de sol de Extremadura
la fiel canana de tu correaje?

¿Quién te encendió con fe dinamitera
la palabra, la frente y la semilla?
¿Quién nos trajo por ti la primavera?

Sólo sabemos que nació en Castuera
tu imagen más exacta y más sencilla
de hombre de pueblo y viento en flor de fiera.

SANTIAGO CASTELO

Prez a Miguel Hernández

Arráncanos, Miguel, nostalgia y cuento,
colócanos en orden de batalla,
danos armas de lengua que no calla,
de pie que no soporta el paso lento.

Tras tus ojos de tierra, mira, atento,
al hombre que se amolda, al que se encalla
en las rocas del olvido; en ellas halla
maneras de quitar aire a su aliento.

Maestro, que aprendamos aquel modo
de repartir el pan, cristo cercano,
ya que a tus nombres éste también sumas.

Enlázanos, Miguel, codo con codo,
«misterio de cristal», poeta, humano,
altísimo alcotán, tan rico en plumas.

JUAN MARIA ROBLES FEBRE

Xerte

En torno, la niebla, que baja la ladera y envuelve con sus sombras los robles ya rojizos del otoño. El claro del bosque es aún el mismo. Los tejados, más cerca, brillan en la sazón del agua entera. Impasibles, los árboles recogen el cielo en su negrura: condenación, también letargo.

Avanza la estación y en el invierno será el recuerdo un ave desplazándose.

Más allá de la lluvia que sucede está la claridad de lo evidente. Nuestra felicidad descansa en ella: somos sólo un matiz de su designio.

El río de la edad embravecido retoma el viejo canto de las rocas: el blanco de la altura vive al fondo, remansa sobre el limo primaveras. Las riberas retienen los olvidos.

Hasta ti ha de llegar el rumor de la fronda batida, la otra voz que te falta.

La línea de horizonte se adivina detrás de los alcores. Sabíamos qué había tras su luz; tenemos su fulgor entre los árboles.

ALVARO VALVERDE

Dibujo de Aurelio Arteta.

Nada como sentir
tus labios, tan perfectos,
los perfiles que encierran
el contorno del mundo,
un abismo de sueños
y de deseos que estallan.
Acariciarlos sólo
con la yema del dedo
y ver que son reales,
y dejarse llevar
después
por la tormenta.

PILAR FERNANDEZ

Beber de tus labios
como en una acequia
acompasar tu aliento
al remolino rudo de los míos,
mientras,
que se fulminen los paisajes
de corazas y hecatombes.

ROSA MARIA LENCERO